

su alma perfumada de paganía; cuando, en un viaje de Valdemosa á Palma, hizo detener el carruaje y descendió al camino para, de hinojos, rezar un Padrenuestro...

JOSÉ FRANCÉS.

## SEGUNDA PARTE

### CRÍTICA

**Influencia de Rubén Darío en la poesía española.  
La importancia de su obra.—Hispano-americanismo.—El fondo y la forma.**

## EL PRECURSOR

Cuando se escriba la historia de la poesía lírica castellana en el siglo XIX, habrá de figurar en ella Rubén Darío, como cabeza visible de una revolución literaria comparable á la de los italianizantes del siglo XVI, á aquella de Garcilaso y Boscán, en que no sólo se trajo el endecasílabo de Italia, sino también finuras y perfiles de la poesía italiana renacentista. No faltará quien piense que Rubén, mejor que el suave poeta de las églogas, fué un Góngora importador de una nueva moda culteran. Creo que sería este juicio superficial. El hecho es que Rubén Darío, aparte de su indudable

genio poético, de la fecundidad y riqueza de su inspiración y de su manera, señala un fenómeno nuevo en la relación de la literatura castellana con las de la América española. Este fenómeno es una influencia marcada, innegable de las jóvenes literaturas castellanas de Ultramar sobre la literatura castellana de Europa, madre de todas ellas. Claro es que sobre la naturaleza de esa influencia hay que entenderse. Al modelar la nueva lírica, al abrirle cauces y señalarle modelos y horizontes, Rubén no nos trajo una poesía aborigen de América. La suya venía impregnada de Mallarmé, de Verlaine, de las escuelas simbolistas y decadentes francesas, que en conjunto forman como un nuevo romanticismo. Pero Verlaine, Mallarmé y en general la poesía moderna francesa, eran conocidos, sin duda, en España, y no influían directamente, al menos con influencia caudalosa y general de escuela, hasta que Rubén Darío sacó de ellas y nos trajo las tendencias

y gustos de la nueva poesía, que se ha llamado, con un vocablo despectivo y algo ridículo, impregnado de misonerismo de aldea, modernista.

Y no es sólo que Rubén Darío sirviera como de mediador plástico entre la lírica francesa á la castellana, haciendo á la primera con su personal interpretación, más asimilable para la segunda, ó más capaz de influir en ella como una levadura que produjese la fermentación de nuevas formas y nuevas imágenes. Fué algo más. Rubén aportó algo, aportó mucho, que no sólo era genio personal; que además de ser cosa de Rubén Darío, era americano y español, y por tener este elemento común y genérico, se impuso tanto en América como en España, á despecho de las resistencias classicistas. Esto era una exuberancia, una opulencia, un colorido, una como alegría interna ó plétora de vida que se traduce en todo, en imágenes, en rimas, en cabriolas del ingenio. Todo es múltiple, abundan-

te en esta poesía. Toda ella tiene algo de tropical en el sentido de reflejar una orgía de calor, de luz, de colores, de proliferación, de brote ardiente y activo de vida. Es la juventud de las literaturas de América, unida á las influencias físicas del medio, que marcan su sello en los ingenios y trazan rutas á la historia, y es también la pompa y aparato de nuestra lírica del siglo de oro, vestida á la moderna; un compuesto de elementos personales, de elementos americanos y de elementos españoles.

El hecho es que Rubén fué el primer escritor plenamente hispano-americano, un conquistador, como los que él cantó alguna vez, como los cantara Heredia, el francés; pero un conquistador de retorno, venido de América á España. No ha habido influencia comparable á la suya ni de literatos americanos en España, ni de un literato de América en todo el Nuevo Mundo. Toda la lírica joven de América, es Rubén Darío, como manan-

tial, y en toda la lírica nueva de España, se puede descubrir la huella leonina del autor de *Prosas profanas*. La América española ha producido filólogos y gramáticos como Bello y Cuervo; poetas como Caro, Heredia y el mismo Bello; prosistas tan pulcros y atildados como Juan Montalvo y Rodó; pero hasta Darío no había producido una figura literaria que fuese, más que continental, producto de la raza, y en su esfera, mentor espiritual de ella.

No es que Rubén Darío, individualmente, superase á esos ingenios de América en todo y por todo. Es que era otra cosa: un creador, una fuerza renovadora. Leídos con espíritu de dómine, de maestro de escuela adocenado ó de profesor de retórica y poética de cortos vuelos (porque hay maestros y profesores meritísimos, y no es cosa de agraviar á la clase), ¡cuántos reparos no pueden hacerse á la obra poética de Darío y á su prosa (que tiene poca importancia al

lado de aquella) Imágenes desconcertadas, versos desafinados, hinchazón, exageraciones, adornos de mal gusto...

Pero eso no es el poeta; esos son los defectos que acompañan á la obra humana, y hasta con más frecuencia á la del genio, por su misma abundancia y espontaneidad, por su creación brusca y violenta. Las medianías laboriosas y atiladas no caen en estas faltas con tanta frecuencia, y nos ofrecen obras sin defectos... pero sin virtudes; sin verdadera belleza, ropas hechas tomadas de tal ó cual figurín.

La historia del teatro y de la novela castellanos modernos se puede escribir prescindiendo de América. La de la poesía lírica, no. Ello es obra de Rubén Darío, principalmente. Para apreciar su importancia, para ver la transcendencia de su influencia poética, hagamos esta sencilla consideración. ¿Faltaría algo esencial en la historia de la literatura española moderna, si no mencionásemos

á los otros ingenios americanos, á Bello, á Cuervo, á Montalvo, á Caro, á tantos otros? Evidentemente, no. Y si quisiéramos omitir á Rubén Darío, al tratar de la lírica moderna, ¿se notaría la omisión en esa historia? Sí. Quedaría incompleta, mutilada, sin lógica, con una laguna ó un enigma en los orígenes de su transformación. Esto da la medida de lo que representa Rubén Darío en la literatura castellana contemporánea.

ANDRENIO.

LA POESIA CASTELLANA  
Y RUBÉN DARÍO

Un juicioso crítico de la América española, á quien se debe quizá el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho, escribió en él las palabras que siguen: "Rubén Darío acaso pertenece hoy, más que á la América, á España". Esta opinión de Pedro Henríquez Ureña no es más que el complemento, á muchos años de distancia, de la tan conocida de José Enrique Rodó: "Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América". El joven maestro dominicano y el reconocido maestro oriental convienen, pues, por exclusión, en una característica del poeta muy digna de ser te-

nida en cuenta: en su no-americanismo. No hay que tomar, con todo, en un sentido de rigurosa literalidad tales pareceres por autorizados que sean. En el de Pedro Henríquez, hay ya una palabra que atenúa.

Para las nuevas generaciones literarias españolas, Rubén Darío no es tampoco un americano. Un Andrés Bello, un José Joaquín de Olmedo, un José María Heredia, un Olegario Víctor Andrade, con estar dentro de la tradición quintanesca y mostrarse, en la forma, muy próximos á nosotros, están, espiritualmente, más lejos, no sólo por la materia del canto, americana en ellos, sino por algo más fuerte: por el transcurso del tiempo, como lo están nuestros mismos Quintanas y Gallegos, Arriazas y Listas. Nuestros verdaderos compatriotas no son los que han nacido en nuestro suelo, sino los que viven en nuestros mismos días. Los grandes cantores que abren en España y en América, el siglo

xix, tienen otras preocupaciones, se sustentan de otras ideas, brotan de escuela muy distinta. Rubén Darío se levanta en el centro de nuestra sensibilidad y tiene la virtud de orientarla por caminos nuevos. No es el momento de hablar de una literatura española y de una literatura hispano-americana (mucho menos de tantas literaturas como estados). El idioma es lo que da independencia á una literatura y sólo en modalidades exteriores se diferenciarán las literaturas de América de las de sus viejas metrópolis, mientras no posean un medio de expresión substancialmente distinto. Pero ¿cuántos cientos de años se necesitarán para la formación de las lenguas neo-españolas?

Sólo para los muy apegados á la tradición, á la inmovilidad de las formas lingüísticas, puede aparecer Rubén Darío como un iconoclasta. Negar que en nuestro país se le ha discutido, sería vano; pero más vano sería tal vez afir-

mar que los que le discutían conocieron de su obra más que las ocho ó diez poesías repetidas en todas partes, cien veces parodiadas y más de una vez no entendidas. Hay que insistir en afirmar lo castizo de sus versos, siguiendo á Valera que decía, de los de *Azul...*: "Los versos de usted se parecen á los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales; no recuerdan á ningún poeta español, ni antiguo ni de nuestros días." Desde que esto se escribió (1889), el verso de Darío cambió bastante; pero véanse, en cuanto á la forma, el *Friso*, el soneto *Á maestro Gonzalo de Berceo*, para no citar más, en *Prosas profanas*; el *Trébol* de *Cantos de vida y esperanza*; los tercetos de la *Visión*, en *El canto errante*, y tendremos, en todas las grandes etapas de la poesía de Rubén Darío, fuertes ejemplos de versificación clásica suficientes para mostrar á quien lo dude que, si eligió otros caminos, no fué por más llanos, sino por más adecuados para

su sentido poético. Aun á los mismos versos que se tiene por revolucionarios, no sería difícil hallarles abolengo. Quedan sus "versos libres" á la manera francesa, explicables también por nuestra silva, su tentativa de métrica bárbara, discutida por quien más elementos de comprensión debiera tener, por el vulgo literario, y de gran efecto en la lectura en voz alta y sus ricas é innumerables combinaciones rítmicas y agrupaciones estróficas. Todo esto trajo Rubén Darío á la poesía española, en lo exterior y embarcada en tan opulenta nave toda la riqueza de un alma en que se funde la refinada sensibilidad de las viejas razas con un ímpetu juvenil, primitivo, que denuncia otra sangre.

El contacto con la poesía francesa determinó en el genio de Rubén Darío la corriente que hubo de llevarle á plena sazón. Un libro suyo, *Los Raros*, habla con elocuencia en este punto. Los *descubrimientos*, las admiraciones de Darío,

apuntan allí; pero fuera pueril reconocer un maestro suyo en cada uno de los escritores que estudia. No debe tanto como se ha dicho á Verlaine y nada á Mallarmé. Mucho, en cambio, á Banville, á Gautier, al mismo Catulle Mendès; no poco á Moréas, á Tailhade, aun á poetas oscuros como Paul Guigou, en quien se hallaría el movimiento inicial de algunas muy notorias composiciones—que, por otra parte, son en Darío totalmente diversas y á veces superiores á sus dechados. En resumen, sus maestros franceses, mas hay que buscarlos entre los *parnasianos* que entre los *simbolistas*; como parnasiano le define Rodó cuando escribe: "Los que, ante todo, buskais en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora á cosechar estrofas que sangren como arrancadas á entrañas palpitantes." Esto lo dice á pro-

pósito de *Prosas profanas*; pero lo dice mejor aún el poeta en la primera composición de los *Cantos de vida y esperanza*. En ese libro, su personalidad aparece ya libre y definida; pero aún, como los posteriores, su acento se moldea en amplios vasos que le tienden ya Gabriel d'Annunzio, ya Walt Whitman. Todo esto lo trae también á la poesía española.

Cuando llega Darío á España, en 1892, la poesía languidece. Zorrilla va á morir; callan Núñez de Arce y Campoamor. Apenas preludian Manuel Reina y Ricardo Gil. Sólo se oye á los Velarde, á los Ferrari, á los Cavestany—si es que se les oye. Y, sobre todos, se alza la voz nueva y robusta de Salvador Rueda. Darío es su amigo. Escribe el *Pórtico* para su colección titulada *En tropel* (1893). Ha dado ya á diversas revistas composiciones posteriores á *Azul...*, entre ellas la *Sinfonía en gris mayor* (España y América, Madrid, 25 Septiembre 1892). Pero cuando se le conoce verdaderamente es

á raíz de *Prosas profanas*; algún raro ejemplar de la primera edición corre de mano en mano. Jacinto Benavente en *Madrid Cómico* y en *La Vida Literaria*, Luis Ruiz Contreras en la *Revista Nueva*, reproducen poesías, publican originales inéditos. Un grupo de poetas jóvenes se forma en torno suyo. Surgen los nombres de Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, entre otros menores. La nueva poesía castellana empieza.

¿Qué debe á Rubén Darío la nueva poesía castellana? Para los que se figuran que todo en ella son "princesas pálidas" la respuesta es fácil. Quizá no sea muy difícil tampoco, y la mejor que se puede dar es la que una escritora francesa, Rachilde, dió á los que le preguntaban qué papel había desempeñado Verlaine en la poesía de su tiempo: "Abrió las ventanas". Rubén Darío abrió también las ventanas á los poetas españoles. Les dió á conocer los poetas extranjeros

que él amaba; leyó con ellos los poetas primitivos españoles; les libertó de la rigidez de una versificación atada por inflexibles reglas; les dió la preocupación de la forma, transformando el período oratorio, que hace impresión cuando se redondea, en la expresión cortada, rica en sugerencias, valiosa por sí misma: algo de exotismo; algo de arcaísmo; algo de preciosismo. Y, con todo eso, les trajo el don de una exquisita sensibilidad para lo nuevo. No se ha hablado aún, gracias á Dios, entre nosotros, del "sucesor de Rubén Darío". Ningún poeta tuvo sucesores jamás. Interrumpido queda el canto que el poeta no pudo acabar, y los oídos se vuelven no al que intenta continuarlo sino al que canta con más dulce ó más viva expresión un canto nuevo. Si en los principales poetas españoles de hoy se encuentra algo que á Rubén Darío se debe, predilección por los metros que él empleara, por cierta manera de elocución, por cierto vocabulario, en

todos ellos hay personalidad bastante para ser algo más que discípulos del maestro. Con oídos nuevos han escuchado la música del mundo, con ojos nuevos han contemplado la naturaleza, con nueva sensibilidad han seguido el movimiento de su espíritu, con nueva voz han cantado. Pero el maestro los puso en libertad y los soltó en el aire, para que en él se fuesen, como las bandadas de que hablan las *Floreccillas*, unos á Oriente y otros á Occidente, unos al Norte y otros al Mediodía.

No en todos los poetas españoles de hoy influyó Darío: Ahí están Unamuno, Eduardo Marquina, Enrique de Mesa. Pero, esto no obstante, algo ha cambiado en la poesía española desde que Rubén Darío apareció, y por su nombre ha de empezar el capítulo de nuestra historia literaria en que se estudie la poesía de los comienzos del siglo xx.

E. DIEZ-CANEDO